

# El olvido de la historia y la compulsión a repetirla: aportes para pensar la psicología de los pueblos

*The forgetting of history and the compulsion to repeat: contributions to think the psychology of peoples*

**Forma de citar este artículo en APA:**

Bernal Zuluaga, H. A. (2015). El olvido de la historia y la compulsión a repetirla: aportes para pensar la psicología de los pueblos. *Revista Poiésis*, 30, 88-108

Hernando Alberto Bernal Zuluaga<sup>1</sup>

“Lo que no puede ser rememorado se repite en la conducta”  
(Lacan, 1977, pág. 137)

## Resumen

Este artículo teórico se propone hacer una reflexión del proverbio popular “los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla” a la luz del concepto psicoanalítico de *compulsión a la repetición*. Para ello, se hace una revisión de dicho concepto en los textos de Freud y de Lacan, para explorar hasta qué punto él fue utilizado por estos autores para pensar fenómenos de masa en los que hay repetición de la historia. El método utilizado para dicha exploración es el *paradigma indiciario*, aplicable en la investigación psicoanalítica, en la medida en que prioriza lo irreplicable, lo singular, lo original. Los resultados de esta revisión teórica muestran cómo, si bien ni Freud ni Lacan utilizaron el concepto de compulsión a la repetición para aplicarlo a la psicología de los pueblos, él resulta útil para explicar dicha psicología de las masas en el fenómeno que aquí se aborda: la repetición de la historia cuando esta es olvidada, es decir, reprimida.

## Palabras clave:

Compulsión a la repetición, Olvido, Psicología de las masas, Represión, Trauma.

<sup>1</sup> Psicólogo de la Universidad de San Buenaventura (Med.), psicoanalista, Magíster en Ciencias sociales y humanas de la Universidad de Antioquia, cohorte Psicoanálisis, cultura y vínculo social. Docente-investigador de la Fundación Universitaria Luis Amigó (Med.), Director-editor de la revista digital de divulgación Poiésis, del Programa de Psicología de la Funlam. Reside en la ciudad de Medellín (Antioquia-Colombia). E-mail de contacto: hernando.bernalzu@amigo.edu.co

## Abstract

This theoretical article seeks to reflect upon the popular proverb that reads, “those who forget their history are doomed to repeat it,” in light of the psychoanalytic concept of repetition compulsion. To that aim, the concept is revised in Freud’s and Lacan’s texts to explore to what extent they used it to explain mass phenomena in which there is repetition of history. The method used for this exploration is the *evidential paradigm*, applicable in psychoanalytic research as it prioritizes what is unrepeatable, singular, and original. The results of this search show that, even though neither Freud nor Lacan used it for that purpose, the concept of repetition compulsion is useful to explain mass psychology as regards the phenomenon herein studied: the repetition of history when it is forgotten, that is, repressed.

## Keywords:

Forgetting, mass psychology, repetition compulsion, repression, trauma

# Introducción

¿Qué tan real es el proverbio popular que dice “los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla”?; y si es así, ¿a qué mecanismo psíquico, de carácter colectivo, responde? Este artículo pretende hacer una reflexión sobre un aspecto de la vida de los pueblos que algunos intelectuales contemporáneos han destacado: el hecho de que la historia se repite indefectiblemente, y la razón que dan para ello, coincide con la que da el mismo proverbio popular: porque el pueblo se olvida de su historia. A partir de aquí, y desde una perspectiva psicoanalítica, nos podemos hacer una serie de preguntas que ya han sido resueltas a nivel de la psicología clínica individual, pero que poco o nada han sido exploradas en la psicología social o de las masas. Ellas son: ¿es equivalente la *compulsión a la repetición* que Freud encontró en la clínica psicoanalítica, a la repetición de la historia por parte de los pueblos? ¿Qué tanto sirve el concepto formalizado por el psicoanálisis para pensar lo que sucede al nivel de toda una masa social? ¿Cómo hace la masa, el pueblo, para olvidar su historia? ¿Se trata acaso de un olvido colectivo? Me propongo, en la medida de lo posible, dar respuesta a estas preguntas, haciendo un recorrido por el concepto de *compulsión a la repetición* en la obra de Sigmund Freud y de Jacques Lacan, con la intención de aplicarlo a la reflexión del proverbio popular.

## *Planteamiento del problema*

Sobre el proverbio “los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla” habría que decir que, en efecto, ha pasado a ser un proverbio popular que se cita permanentemente en textos que reflexionan sobre la historia, la política, la filosofía y otras áreas de las ciencias sociales y humanas. En Latinoamérica lo hizo muy popular Nicolás Avellaneda (1837-1885) abogado, periodista y presidente de la República Argentina (Avellaneda, 2014), pero se dice de él que dicho proverbio lo tomó de Marco Tulio Cicerón, jurista, político, filósofo, escritor, y orador romano, considerado uno de los más grandes retóricos y estilistas de la prosa en latín de la República romana (Cicerón, 2014); el proverbio que se le asigna a Cicerón dice así: “Quien olvida su historia está condenado a repetirla”; también se lo conoce de este modo: “Quien olvida los errores de su pasado, los repite”, referido específicamente al sujeto como individuo, y no a la masa o al pueblo en general. En esto Cicerón se acerca a los postulados de Freud, como se verá más adelante cuando se explique en qué consiste la compulsión a la repetición en el sujeto neurótico.

En España el proverbio lo popularizó Jorge Agustín Nicolás Ruiz de Santayana y Borrás, conocido como George Santayana o Jorge Santayana, (Madrid, 16 de diciembre de 1863 – Roma, 26 de septiembre de 1952) quien fue un filósofo, ensayista, poeta, y novelista estadounidense de origen español (Santayana, 2014), quien dijo:

El progreso, lejos de ser consistente en el cambio, depende de la retentividad. Cuando el cambio es absoluto no quedan hechos para mejorar y ninguna dirección existe para una posible mejora: cuando no se retiene la experiencia, como entre los salvajes, la infancia es perpetua. Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo. En la primera etapa de la vida la mente es frívola y se distrae fácilmente, pierde progreso al caer en la consecutividad y persistencia. Esta es la condición de los niños y los bárbaros, en la que el instinto no ha aprendido nada de la experiencia (párr. 1).

Esta cita de Santayana se la resume así: “Aquellos que no recuerdan el pasado, están condenados a repetirlo”, y como se puede observar, él ya la aplica a la masa, a un conjunto de personas.

¿Cómo se aplica este lapidario proverbio a la realidad psíquica de un pueblo? Dice el periodista y politólogo colombiano Caballero (1996) en la introducción a su texto *Quince años de mal agüero. 1981 a 1996, artículos de prensa* que:

Colombia sigue siendo exactamente igual a como era cuando estas columnas «de actualidad» fueron escritas. Es como esas sociedades primitivas que les encantan a los antropólogos porque en ellas no hay historia: es decir, el transcurrir del tiempo no altera los comportamientos, sino que se limita a reiterarlos indefinidamente. Ni siquiera circularmente: no llega a existir ni esa figura compleja que es el círculo porque nunca se sale del mismo punto. Aquí no pasan cosas. Y por eso el país nunca es mejor, ni consigue tampoco ser peor: nunca es distinto (Caballero, 1996, pág. 2).

Más adelante en su texto, este reconocido intelectual colombiano dice de Colombia que es “un país sin memoria” (Caballero, 1996, pág. 63), y describe a los colombianos así: “...los lectores de la prensa colombiana, los colombianos que viven en Colombia, los que no quieren enterarse de cómo es, de cómo se deshace el país en que viven, entre ríos de babas y de sangre.” (Caballero, 1996, pág. 64). Se trata de una observación muy aguda, realizada por un periodista estudioso y conocedor de su país, sobre todo, de su “cosa” política en las últimas décadas.

Sin recurrir al proverbio en cuestión, Caballero logra hacer una descripción de la situación del pueblo colombiano que evidencia claramente la repetición permanente de su historia y el olvido de su pasado. ¿Se puede entonces comportar un pueblo entero como un enfermo neurótico? ¿Se puede abordar la realidad de un pueblo afectado por un mal radical de la misma manera como se aborda un paciente neurótico? Así lo piensa el psicoanalista Alemán (2014), ya no considerando la realidad colombiana, sino en la realidad de su país, Argentina. Dice él al respecto:

En la prensa internacional se impone una nueva construcción discursiva sobre la realidad argentina: consiste en tratarla antropológica, psicológica y filosóficamente como si estuviera afectada de un mal radical. Ese mal consistiría en una repetición maldita, un “eterno retorno de lo mismo”, una compulsión irrefrenable en los argentinos, que siempre los llevará, aun cuando las “apariencias” se empeñen en mostrar lo contrario, al mismo sitio de siempre, incluso obteniendo en cada repetición un resultado siempre más terrible. Se trata de una fórmula que se extiende por todos los medios de manera insistente, donde se presenta un intento de diagnóstico sobre el destino fatal de Argentina. (párr. 1).

Muy interesante ver como Alemán y Caballero, el uno psicoanalista y el otro periodista, dan cuenta de ese mal que aqueja a cada una de sus naciones, una suerte de repetición de su historia o “inercia histórica” (Alemán, 2014), como si en ellas no pasara nada distinto a lo que ya les pasa. ¿A qué responde pues esa “esencia repetitiva” (Alemán) de la historia de estos pueblos? ¿Y acaso será un asunto sólo de estos dos pueblos, o se tratará de un asunto estructural, constitucional, inherente a la historia de los pueblos y de la humanidad toda? El mismo Darwin (citado por Hanson, 2012), el padre de la teoría de la evolución, decía que “La historia se repite. Ese es uno de los errores de la historia” (párr. 4), y dudaba del progreso al igual que Alemán: “no somos otra cosa que “muñequitos repintados”, que damos vueltas y vueltas mientras nos engañamos con el “relato” de unas transformaciones nunca logradas” (párr. 1).

Pues bien, esta *repetición de la historia* parece designar un fenómeno de la existencia humana, tanto individual como colectiva, “caracterizada por el retorno periódico de las mismas concatenaciones de acontecimientos, generalmente desgraciados, concatenaciones a las cuales parece hallarse sometido el sujeto como a una fatalidad exterior” (Laplanche & Pontalis, 1996, pág. 45). Desde la perspectiva del psicoanálisis, los factores de este fenómeno repetitivo e inconsciente se deben buscar, específicamente, en la *compulsión a la repetición*, por lo tanto, procederemos a hacer una revisión del concepto en la obra de Freud y de Lacan específicamente, dada la importancia del primero en la formulación de las bases teóricas del psicoanálisis, y la actualidad del segundo en el discurso contemporáneo, renovador del discurso psicoanalítico.

Ahora bien, ¿cómo justificar el hecho de tomar solo dos “observadores” de este fenómeno –Caballero y Alemán– para pensar un fenómeno que, dada la popularidad del proverbio, pareciera tener un carácter universal? Esta situación es equivalente a la manera como procede el psicoanálisis con el estudio de casos, es decir, que a partir del estudio de un solo caso en la clínica psicoanalítica, se puede hacer una generalización de las nociones estructurales encontradas en la particularidad del caso. Así lo indica claramente Lacan (1997) en su seminario *Las psicosis*, cuando dice, hablando del caso Schreber, que “gracias a este caso ejemplar, y a la intervención de una mente tan penetrante como la de Freud, podemos captar por vez primera nociones estructurales cuya extrapolación es posible a todos los casos” (pág. 45). También lo hace en su texto *El mito individual del neurótico*, donde indica claramente cómo se pueden establecer relaciones entre los fantasmas de los neuróticos y los mitos creados por la humanidad (Lacan, 1953).

El mismo Freud (1976/1905) fue quien insistió en la importancia de captar, como bien lo indica Lacan (1977), las nociones estructurales de un caso, de tal manera que puedan ser aplicadas a todos los demás. Hablando, por ejemplo, del caso Dora, dice Freud: “en este historial clínico me interesaba poner de relieve el determinismo de los síntomas y el edificio íntimo de la neurosis” (pág. 12). Así pues, el ejemplo que nos da Freud (1976/1905) de esas nociones estructurales o edificio íntimo de un caso y que siempre se pueden encontrar en otros, es el ejemplo de la histeria:

He visto abundantes casos de histeria, me he ocupado de cada uno de ellos durante días, semanas o años, y en ninguno eché de menos aquellas condiciones psíquicas que los *Estudios* (sobre la histeria) postulaban: el trauma psíquico, el conflicto de los afectos y, según agregué en publicaciones posteriores, la conmoción de la esfera sexual (pág. 23).

Igualmente, Freud (1914/1979) también hace una indicación en *El Moisés de Miguel Ángel*, en la que hace un llamado a la pertinencia de hacer un traslado de la práctica del psicoanálisis, la clínica del detalle, al campo de la investigación de problemáticas referidas al ser humano en el campo de las ciencias sociales, orientadas por el psicoanálisis como campo teórico (Hoyos, 2009).

## Metodología

El estudio de casos es propio del psicoanálisis y se constituye él mismo en un método de investigación: "Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías" (Freud, 1923/1976, pág. 231); así lo indican claramente Laplanche y Pontalis (1996):

Un método de investigación que consiste esencialmente en evidenciar la significación inconsciente de las palabras, actos, producciones imaginarias (sueños, fantasías, delirios) de un individuo. Este método se basa principalmente en las asociaciones libres del sujeto, que garantizan la validez de la interpretación. La interpretación psicoanalítica puede extenderse también a producciones humanas para las que no se dispone de asociaciones libres (pág. 316).

Este método de investigación, que parte de la clínica del detalle freudiana, hoy el psicoanálisis lo reconoce como "indiciario", aplicable en la clínica y en la investigación psicoanalítica en general. Este método de investigación del psicoanálisis, el *paradigma indiciario*, fue formalizada por Carlo Ginzburg, fundador de la *microhistoria*, sucesora de la historia de las mentalidades (Ramírez, 2001). Según Ramírez (2001), este paradigma parte en Freud en el momento en que él se ocupó de un orden de fenómenos inéditos: los fenómenos psíquicos.

Fue a partir de indicios despreciados por la ciencia de inspiración galileana, la escoria *refusée* –los sueños, los lapsus, los chistes y los síntomas– que pudo descubrir en esos productos desechados del pensamiento dominante las formaciones del inconsciente, como concepto sistemático, ya que inconsciente era una palabra corriente, incluso utilizada por Morelli al hablar de esos detalles que él resaltaba y que el pintor hacía plasmando en ellos su singularidad (p. 39).

El paradigma indiciario prioriza lo irreplicable, lo singular, lo original, lo sorprendente, por tanto, su intervención es más cualitativa, en la medida en que se ocupa de lo excepcional, volcando su interés hacia lo individual, hacia el caso particular (Pulice, Mason, & Zelis, 2000); esto hace que el paradigma indiciario sea diferente al galileano –que domina en la ciencia positivista–, el cual le

da prioridad a lo repetible, a lo medible, a lo comunicable, a las generalizaciones y coincidencias, privilegiando lo cuantitativo y volcando su interés sobre lo universal y la regla, y descartando las características individuales.

El paradigma indiciario se hizo visible en la contemporaneidad en 1979, con la publicación del texto titulado *Spie. Radici di un paradigma indiziario* de C. Ginzburg, en el texto compilado por Gargani, *Crisi della ragione*. Dicho artículo es traducido inmediatamente a varios idiomas y editado en español en las obras *El signo de los tres: Dupin, Holmes, Peirce* de Eco & Sebeok (1989, pp. 116-163), con el título “Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico”; y en *Mitos, Emblemas, Indicios—Morfología e Historia* (Ginzburg, 1994, pp. 138-175), con el mismo título del artículo ya indicado (Padvalskis, 2010).

Según Ginzburg (1979, citado por Padvalskis, 2010) existen ciertos elementos –huellas, indicios, síntomas, signos- que hacen posible descifrar la realidad que habitualmente se presenta opaca. Dicho desciframiento puede considerarse un saber que constituye el fundamento de las denominadas ciencias conjeturales, que ha sido utilizado desde las épocas más remotas, cuando la humanidad vivía de la caza y se dedicaba a rastrear hechos aparentemente insignificantes: huellas en terrenos blandos, olores, ramitas rotas, excrementos, etc. Se trata de un “saber rastreador en el que se busca reconstruir casos particulares a partir de huellas, síntomas o indicios, a través de las mismas operaciones intelectuales, el análisis, la comparación y la clasificación” (Padvalskis, 2010, pág. 98). La Filología, el arte de reconocer manuscritos, la grafología y la práctica de los “entendidos” en arte, son ejemplos claros del uso eficaz del paradigma indiciario, al igual que la práctica diagnóstica utilizada en la medicina y en lectura de señales de la escena del crimen, hoy conocida como CSI, investigación de la escena del crimen, en la investigación forense (Ramírez, 2001).

La relevancia del texto de Ginzburg es la relación que él muestra que existe entre los métodos de investigación de tres autores de finales del siglo XIX: Giovanni Morelli, dedicado a la investigación de la autenticidad de las obras de arte; Conan Doyle, quien encarna en su personaje Sherlock Holmes el método de investigación detectivesca, y Freud, con su método de investigación con el psicoanálisis, basándose los tres en la observación de síntomas, signos y señales que a los ojos de otros pueden parecer irrelevantes (Padvalskis, 2010). Un ejemplo paradigmático del empleo del método indiciario en Freud, es el texto *El Moisés de Miguel Ángel (1914)*, en el cual su autor se aplica en el estudio de los detalles de la figura de Moisés hecha por Miguel Ángel (Ramírez, 2001).

Nos proponemos, entonces, hacer un recorrido por la obra de Freud y de Lacan específicamente, rastreando, a la manera del método de investigación detectivesca, el concepto de *compulsión a la repetición*, para ver en qué punto dicho concepto nos puede ayudar a pensar este fenómeno de masas: la repetición de la historia por parte de los pueblos; es decir, vamos a pensar en qué ayuda dicho concepto extraído de la clínica particular, para pensar, como ya se indicó más arriba, el proverbio popular “Los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla”. Veamos.

## ***Compulsión a la repetición en la obra de Freud***

El texto clave para pensar el concepto de compulsión a la repetición en Freud es *Más allá del principio del placer* (1920). Hablando de la importancia que tiene en el tratamiento el hecho de recordar todo lo que hay en el paciente de reprimido, sucede que aquello que resulta ser lo más esencial, el sujeto no lo recuerda,

más bien se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente, en vez de recordarlo, como el médico preferiría, en calidad de fragmento del pasado. Esta reproducción, que emerge con fidelidad no deseada, tiene siempre por contenido un fragmento de la vida sexual infantil y, por tanto, del complejo de Edipo y sus ramificaciones; y regularmente se juega {se escenifica} en el terreno de la transferencia, esto es, de la relación con el médico (Freud, 1920/1979, pág. 18)

Así pues, los neuróticos tienden a repetir algo que han reprimido, en lugar de recordarlo, y esto se presenta en la transferencia establecida con el terapeuta. Se trata de situaciones indeseadas, situaciones afectivas dolorosas, que los sujetos reaniman con gran habilidad, como si se tratara de una nueva vivencia.

Se trata, desde luego, de la acción de pulsiones que estaban destinadas a conducir a la satisfacción; pero ya en aquel momento no la produjeron, sino que conllevaron únicamente displacer. Esa experiencia se hizo en vano. Se la repite a pesar de todo; una compulsión esfuerza a ello (Freud, 1920/1979, pág. 21).

A continuación Freud (1979/1920) hace una observación que puede indicarnos una primera aproximación para pensar la repetición de la historia en los pueblos. Dice: “Eso mismo que el psicoanálisis revela en los fenómenos de transferencia de los neuróticos puede reencontrarse también en la vida de personas no neuróticas” (pág. 21). Es decir, esa repetición de situaciones olvidadas y que no se recuerdan, no es sólo un asunto del sujeto neurótico, ni del dispositivo clínico, sino que es algo que le puede suceder a cualquier persona y en cualquier situación en la que el sujeto establece un vínculo con sus semejantes. Y agrega:

En estas hace la impresión de un destino que las persiguiera, de un sesgo demoníaco en su vivenciar; y desde el comienzo el psicoanálisis juzgó que ese destino fatal era autoinducido y estaba determinado por influjos de la temprana infancia. La compulsión que así se exterioriza no es diferente de la compulsión de repetición de los neuróticos, a pesar de que tales personas nunca han presentado los signos de un conflicto neurótico tramitado mediante la formación de síntoma. (Freud, 1920/1979, pág. 21)

Casi que solo le faltaría agregar a Freud en esta reflexión que hace de la *compulsión a la repetición*, la traslación a los fenómenos de masa donde la historia se repite, y que los pueblos, o mejor, los observadores de los fenómenos de los pueblos describen de la misma manera a como lo hace Freud aquí: un destino fatal y demoníaco, tal y como lo indica Alemán (2014) hablando del destino



de los Argentinos: “repetición maldita (...) destino fatal” (párr. 1). Esta traslación de un fenómeno singular a la masa, se puede justificar con el primer párrafo del texto *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). ; dice Freud (1921/1979) allí:

La oposición entre psicología individual y psicología social o de las masas, que a primera vista quizá nos parezca muy sustancial, pierde buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo. Es verdad que la psicología individual se ciñe al ser humano singular y estudia los caminos por los cuales busca alcanzar la satisfacción de sus mociones pulsionales. Pero sólo rara vez, bajo determinadas condiciones de excepción, puede prescindir de los vínculos de este individuo con otros. En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo. (pág. 67)

Podemos, entonces, para nuestra reflexión del proverbio popular, partir de este principio de la psicología freudiana de los grupos: *la psicología individual es simultáneamente psicología social*.

Pero volvamos a la reflexión que hace Freud (1920/1979) sobre el concepto de compulsión, luego de que nos indica claramente como se trata de algo que le puede suceder a cualquiera. Él nos va a dar una serie de ejemplos que muestran claramente ese destino fatal que se presenta en los seres humanos, y que por esta razón Freud se atreve a llamar “compulsión de destino” (pág. 23):

Se conocen individuos en quienes toda relación humana lleva a idéntico desenlace: benefactores cuyos protegidos (por disímiles que sean en lo demás) se muestran ingratos pasado cierto tiempo, y entonces parecen destinados a apurar entera la amargura de la ingratitud; hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo; otros que en su vida repiten incontables veces el acto de elevar a una persona a la condición de eminente autoridad para sí mismos o aun para el público, y tras el lapso señalado la destronan para sustituirla por una nueva; amantes cuya relación tierna con la mujer recorre siempre las mismas fases y desemboca en idéntico final, etc. Este «eterno retorno de lo igual» nos asombra poco cuando se trata de una conducta activa de tales personas y podemos descubrir el rasgo de carácter que permanece igual en ellas, exteriorizándose forzosamente en la repetición de idénticas vivencias. Nos sorprenden mucho más los casos en que la persona parece vivenciar pasivamente algo sustraído a su poder, a despecho de lo cual vivencia una y otra vez la repetición del mismo destino. (Freud, 1920/1979, págs. 21-22)

También aquí, en esta reflexión que hace Freud, pareciera que solo faltara, en esa lista de casos en los que se evidencia esa repetición del destino, la repetición de la historia por parte de los pueblos.

Ese *eterno retorno de lo mismo* es lo que hace de esta compulsión de destino algo absolutamente demoníaco, algo del orden de una fatalidad ineludible e implacable. Pero, ¿cómo llega Freud a plantear esta compulsión a la repetición como eterno retorno de lo igual? Freud, en un primer momento, se va a encontrar con una serie de fenómenos clínicos que contrarían lo planteado en su teoría con respecto al principio del placer, principio que gobernaría el funcionamiento del aparato

psíquico. Se encuentra con sueños traumáticos en los neuróticos y sueños que manifiestan el recuerdo de los traumas psíquicos de la infancia que ya no pueden ser pensados como cumplimiento de deseo:

...la vida onírica de la neurosis traumática muestra este carácter: reconduce al enfermo, una y otra vez, a la situación de su accidente, de la cual despierta con renovado terror. Esto no provoca el suficiente asombro: se cree que si la vivencia traumática lo asedia de continuo mientras duerme, ello prueba la fuerza de la impresión que le provocó. El enfermo –se sostiene– está, por así decir, fijado psíquicamente al trauma. (Freud, 1920/1979, pág. 13)

Dice Freud (1920/1979) entonces que dichos sueños en donde el sujeto recrea un trauma de la infancia “obedecen a la compulsión de repetición, que en el análisis se apoya en el deseo (promovido ciertamente por la «sugestión») de convocar lo olvidado y reprimido.” ( p. 32). En otras palabras, Freud se encuentra con un funcionamiento del aparato psíquico que pareciera contradecir el principio que él le asigna a aquel: el principio del placer. Si se supone que el sujeto evita y reprime situaciones que le son displacenteras, ¿por qué hay sujetos que reviven dichas situaciones? Entonces, se repiten experiencias manifiestamente displacenteras, haciendo difícil comprender por qué el sujeto las recrea, o qué tipo de satisfacción encuentra en dicha reproducción. Es lo primero que le llama la atención a Freud: que en esta compulsión de repetición resulta difícil poner de manifiesto la realización de un deseo reprimido.

En un primer momento Freud encuentra que el sujeto procura reprimir, es decir, desalojar de la conciencia todo aquello que le es displacentero, en la medida que eso resulta inconciliable con la moral y los valores del sujeto; pero el problema con la represión es que ella siempre fracasa: hay pues un retorno de lo reprimido, lo que se presenta en el sujeto bajo la forma de las formaciones del inconsciente: sueños, olvidos, actos fallidos y síntomas. “De un modo general, lo reprimido intenta «retornar» al presente, en forma de sueños, síntomas, actuar: «[...] lo que ha permanecido incomprendido retorna; como alma en pena, no descansa hasta encontrar solución y liberación».” (Laplanche & Pontalis, 1996, pág. 69). Ya este retorno de lo reprimido nos habla de ese fenómeno de repetición:

En especial si se consideran los síntomas, se observa que, por una parte, algunos de ellos son manifiestamente repetitivos (por ejemplo, los ceremoniales obsesivos) y, por otra, lo que define el síntoma en psicoanálisis es precisamente el hecho de que reproduce, en forma más o menos disfrazada, ciertos elementos de un conflicto pasado (Laplanche & Pontalis, 1996, págs. 68-69).

Pero en un segundo momento, Freud se encuentra con situaciones traumáticas, es decir, displacenteras, que el sujeto no pareciera reprimir, sino que las reproduce, las repite, a pesar del malestar que producen; y él no solo encuentra esta actividad psíquica en los sueños traumáticos de los sujetos neuróticos, sino también en el juego de los niños, ya que ellos repiten en sus juegos vivencias que les son penosas, tal y como Freud lo observó en “el primer juego, autocreado, de un varoncito de un año y medio” (Freud, 1920/1979, pág. 14), el famoso juego del «fort-da» del nieto de Freud,

en el que el niño arrojaba un carretel al que sostenía con una pita tras la baranda de su cuna; así pues, el carretel desaparecía y el niño pronunciaba un significativo «o-o-o-o»; después, tirando de la pita, volvía a recuperar el carretel saludando su aparición con un amistoso «Da» (acá está). Se trataba de un juego de hacer desaparecer y volver a recuperar un carretel. La interpretación que hace Freud del juego es que el niño juega a admitir, sin protestas, la partida de la madre, es decir, juega a renunciar a la satisfacción pulsional. El niño “Se resarcía, digamos, escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar.” ( p. 15). Como esta actividad no se concilia con el principio de placer, Freud se pregunta por qué el niño repite, en calidad de juego, una vivencia que es penosa para él, y lo describe así:

Las exteriorizaciones de una compulsión de repetición que hemos descrito en las tempranas actividades de la vida anímica infantil, así como en las vivencias de la cura psicoanalítica, muestran en alto grado un carácter pulsional y, donde se encuentran en oposición al principio de placer, demoníaco (Freud, 1920/1979, pág. 35).

Se trata, pues, de una repetición compulsiva de lo displacentero y lo doloroso, que se sitúa más allá del principio del placer. El carácter pulsional de esta esta compulsión a repetir acontecimientos traumáticos tiene que ver, precisamente, con ese empuje que hace tender al organismo a satisfacer sus impulsos sexuales; en otras palabras, el concepto de pulsión es introducido por Freud para nombrar, en el ser humano, esos impulsos sexuales que lo habitan, en la medida en que estos no responden a ningún instinto. Las pulsiones sexuales tienen como fuente la excitación corporal de una zona erógena del cuerpo, y su fin es el alivio de la tensión que produce dicha excitación con la ayuda de un objeto (Laplanche & Pontalis, 1996, pág. 324).

Freud (1920/1979) explicará, entonces, que la tarea del aparato psíquico consiste en ligar la excitación producida por las pulsiones que entran en operación en el proceso psíquico primario. Freud llama *proceso psíquico primario* a los procesos que ocurren en el inconsciente en los que la excitación producida por la tensión pulsional circula libremente. Así pues, los procesos que se despliegan en el inconsciente son radicalmente distintos de los que ocurren en los sistemas preconscious y consciente; en el inconsciente las investiduras se transfieren, se desplazan y se condensan de manera libre y fácilmente, cosa que no sucede en los otros dos sistemas. La tarea de ligar la excitación pulsional Freud la llamó *proceso psíquico secundario* (Freud, págs. 34-35). Entonces, en el proceso primario, “la energía psíquica fluye libremente, pasando sin trabas de una representación a otra según los mecanismos del desplazamiento y de la condensación” (Laplanche & Pontalis, 1996, pág. 302); en el proceso secundario, la energía es «ligada» a una representación, lo que la hace más estable y controlable, de tal manera que la satisfacción es aplazada, es decir, el alivio de la tensión es aplazado, lo cual permite al aparato psíquico evaluar las distintas vías probables para alcanzar la satisfacción pulsional. A esta última tarea del aparato psíquico es a lo que se la llama *principio de realidad*. (Laplanche & Pontalis, 1996). Freud (1920/1979) advierte que:

El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática; sólo tras una ligazón lograda podría establecerse el imperio irrestricto del principio de placer (y de su modificación en el principio de realidad). Pero, hasta ese momento, el

aparato anímico tendría la tarea previa de dominar o ligar la excitación, desde luego que no en oposición al principio de placer, pero independientemente de él y en parte sin tomarlo en cuenta. (pág. 35)

Resumiendo: si la tensión pulsional no se liga, esta tenderá a repetirse, más allá del principio del placer, y si se liga, pues se controla y se buscará suprimirla, bajo la égida del principio de realidad; en otras palabras: lo que no se puede recordar retorna bajo la forma de la repetición; hay algo que se repite en la vida del sujeto de lo cual él es, en la mayoría de los casos, inconsciente. Recuérdese que el *principio del placer* tiene como único objetivo aliviar la tensión producida en el aparato psíquico por la excitación pulsional, lo cual es vivido por el sujeto como displacentero —el displacer va ligado al aumento de las cantidades de excitación—; y el alivio de toda tensión experimentada en el cuerpo, siempre se percibirá como placentera —el placer va ligado a la disminución de ésta—. Resulta pues claro que la compulsión a repetir los episodios del período infantil que han sido traumáticos y que han sido olvidados, nos enseña que “las huellas mnémicas reprimidas de sus vivencias del tiempo primordial no subsisten en su interior (en el del sujeto) en el estado ligado, y aun, en cierta medida, son insusceptibles del proceso secundario” (Freud, 1920/1979, pág. 36), lo cual no es sino la emergencia de esta compulsión demoníaca.

Esto último es bien importante para pensar el proverbio popular, ya que el olvido de la historia por parte de los pueblos, y que de acuerdo a lo mencionado anteriormente sería lo que los condena a repetirla, tendría que ver con que lo traumático de esa historia que se reprime, que se olvida, y por tanto no se liga a representaciones que permitirían elaborarla, controlarla; y no solo recordarla —para no repetirla—, sino pensarla y recordarla. El asunto aquí es que habría que pensar la psicología de un pueblo como equivalente a la psicología de un individuo; digámoslo de otra manera: el comportamiento de todo un pueblo o país sería equivalente al comportamiento de un individuo, o por lo menos su comportamiento podría ser pensado como si se tratara del comportamiento de un individuo. Lo que se observa en el sujeto que va a análisis, es que

el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace. Por ejemplo: El analizado no refiere acordarse de haber sido desafiante e incrédulo frente a la autoridad de los padres; en cambio, se comporta de esa manera frente al médico (Freud, 1914/1976, pág. 152).

Esta compulsión a la repetición es la que nos permite acceder, no solamente “a la comprensión de las conductas de fracaso, de los libretos repetitivos de los que se ven a veces prisioneros los sujetos, que les dan la sensación de ser los juguetes de un destino perverso” (Chemama & Vandermerch, 2004), sino también a la repetición de la historia por parte de todo un pueblo o una masa.

Ahora bien, se pregunta Freud (1920/1979): “¿de qué modo se entrama lo pulsional con la compulsión de repetición?” ( p. 36). Él dice:

Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica (pág. 36).

Lo que Freud (1920/1979) va a suponer, con respecto a las pulsiones, es que ellas son de naturaleza conservadora, es decir, que tienden a alcanzar “un estado antiguo, inicial, que lo vivo abandonó una vez y al que aspira a regresar” (pág. 38); por lo tanto, todos los organismos vivos tienden a la muerte, aspiran regresar a lo inorgánico; “no podemos decir otra cosa que esto: La meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo.” (pág. 38). Esta tendencia de las pulsiones a reducir completamente las tensiones, es decir, devolver al organismo al estado inorgánico, es lo que lleva a Freud a hablar de pulsiones de muerte.

Entonces, la pulsión reprimida siempre está aspirando a alcanzar su satisfacción plena, que no es otra cosa que alcanzar ese estado inorgánico. Lo que más le interesa a Freud de esta compulsión de repetir, es su relación con la transferencia y la resistencia. Él advierte que “la transferencia misma es sólo una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado; pero no sólo sobre el médico: también sobre todos los otros ámbitos de la situación presente” (Freud, 1914/1976, pág. 152). El sujeto, por tanto, se entregará a la compulsión de repetir, sustituyendo al impulso de recordar, no sólo en la relación con el médico, sino en todas las demás actividades y vínculos de la vida. Digámoslo también al revés: si el sujeto no puede o se resiste a recordar lo reprimido, esta situación da lugar al actuar; incluso podríamos concluir que esta compulsión a la repetición es la forma que tiene el sujeto de recordar (Freud).

Freud en su texto *Recordar, repetir y reelaborar* se pregunta qué es lo que repite o actúa el sujeto; su respuesta es: “Repite todo cuanto desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter. Y además, durante el tratamiento repite todos sus síntomas” (Freud, 1914/1976, pág. 153).

Resumiendo, la moción pulsional reprimida, que está en la búsqueda de la satisfacción, es sustituida para llegar a consumarse; esta ya no produce “ninguna sensación de placer; en cambio de ello, tal consumación ha cobrado el carácter de la compulsión” (Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, 1926/1979, pág. 90). Así pues, el sujeto neurótico busca la cancelación del pasado, de su historia, reprimiéndola; Freud (1926/1979) dirá que esta misma tendencia es lo que explica la compulsión de repetición: “Lo que no ha acontecido de la manera en que habría debido de acuerdo con el deseo es anulado repitiéndolo de un modo diverso de aquel en que aconteció.” (Freud, pág. 115). Por tanto, la compulsión de repetición del ello inconsciente es lo que fija la represión; sólo cuando el sujeto logra cancelar sus represiones, “él recupera su poder sobre el ello reprimido y puede hacer que las mociones pulsionales discurran como si ya no existieran las antiguas situaciones de peligro” (Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, 1926/1979, pág. 145), lo cual es el propósito de la terapia psicoanalítica. Habría que plantear, entonces, qué tipo de intervención habría que hacer a la masa, a los pueblos, para que dejen de repetir la historia que se olvida.

Eso que el sujeto reprime, tiene el valor de trauma, así pues, la repetición sería una consecuencia del trauma, y al mismo tiempo,

una vana tentativa por anularlo, una manera también de hacer algo con él. (...) Su retorno incesante -en forma de imágenes, de sueños, de puestas en acto- tiene precisamente esa función: intentar dominarlo integrándolo a la organización simbólica del sujeto. La función de la repetición es por lo tanto recomponer el trauma («recomponer una fractura», como se dice). (Chemama & Vandermerch, 2004)

Concluyendo lo que Freud nos ha enseñado sobre su concepto de *compulsión a la repetición* en esta revisión que hemos hecho de los textos fundamentales donde lo elabora, podríamos decir que Freud se ve empujado a formular una lógica distinta que la del principio del placer, en la medida en que ésta no explicaba ciertos fenómenos de la clínica psicoanalítica; él, entonces, se ve llevado a preguntarse por qué los sujetos se ven forzados a repetir indefectiblemente ciertos actos o escenas dolorosas, si tales repeticiones no les procuran placer. Incluso, esto llevó a Freud a hablar de una fuerza «demoníaca», de una compulsión de destino que hace parte de la subjetividad humana. (Kauffman, 1996)

### ***Compulsión a la repetición en la obra de Lacan***

Lacan (1977) considera el concepto de repetición como uno de *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, título de su seminario de 1964. Él plantea cómo, si Freud centró las cosas en la sexualidad, es porque en la sexualidad el ser hablante balbucea; Freud se da cuenta de que hay una cosa que se repite en su vida –compulsión a la repetición– y que siempre es la misma. Eso que se repite sería la verdadera esencia del sujeto –su ser–; Lacan entonces se pregunta: ¿qué es esa cosa que se repite? Y responde: Una cierta manera de gozar (Dr.Pombo, 2006). Freud descubre que el sujeto apunta al goce en un esfuerzo de reencontrarlo, lo cual sólo puede manifestarse como «repetición» inconsciente; y si el sujeto repite esta búsqueda de goce, es porque dicho goce está radicalmente perdido.

Sensible al vínculo postulado por Freud entre repetición e inconsciente, Lacan observa que la repetición inconsciente no es nunca una repetición en el sentido usual de reproducción de lo idéntico: la repetición es el movimiento (o mejor, la pulsión) que subtiende la búsqueda de un objeto, de una cosa (das Ding) siempre situada más allá de tal o cual cosa particular y, por esto mismo, imposible de alcanzar. (Roudinesco & Plon, 1998, pág. 944)

Lacan (1977) comienza el abordaje de este concepto preguntándose en qué consiste “la función de la repetición traumática cuando nada, en lo más mínimo, parece justificarla desde el punto de vista del principio del placer” (págs. 61-62). Él se opone a la idea de que dicha repetición busca el dominio del acontecimiento doloroso: “¿por qué precipitarse cuando, precisamente, no sabemos dónde situar la instancia que se dedica a esta operación de dominio?” (págs. 61-62).

Lacan (1977), entonces, va a distinguir dos tipos de repetición desde una perspectiva aristotélica; a una de ellas la va a denominar la *tyche*, la cual sería un encuentro dominado por el azar; esta repetición es la que se puede asimilar al trauma. Según él, este encuentro traumático es el que puede ser simbolizado, puede ser domesticado por la palabra, y su repetición traduciría la búsqueda de esa simbolización; él considera que si la palabra permite escapar al recuerdo del trauma, es en la medida en que se lo revive sin cesar, como sucede en con las pesadillas en el sueño. El otro tipo de repetición la denomina *automatón*; se trata aquí de la repetición simbólica, ya no de lo mismo, sino la de la búsqueda de una cosa (das Ding) en el origen, y que es imposible de alcanzar; esta repetición es cercana a la compulsión de repetición freudiana, que es la que se articula con la pulsión de muerte. Este segundo tipo de repetición Lacan lo articula en el marco de su teoría del significante (Roudinesco & Plon, 1998, pág. 944). Dice entonces Lacan que:

la *tyche*, tomada como les dije la vez pasada del vocabulario de Aristóteles en su investigación de la causa. La hemos traducido por el encuentro con lo real. Lo real está más allá del automatón, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos, a que nos somete el principio del placer. Lo real es eso que yace siempre tras el automatón, y toda la investigación de Freud evidencia que su preocupación es ésta. (Lacan, 1977, pág. 64)

La referencia esencial de la repetición en Lacan (2009) es su teoría del significante. “Esta repetición es repetición simbólica, se muestra en ella que el orden del símbolo no puede ya concebirse como constituido por el hombre sino como constituyéndolo” (pág. 39). La repetición es, pues, la característica general de la cadena significante; el síntoma es su mejor ejemplo, por eso Lacan lo define como *lo que no deja de escribirse*, lo cual permite captar la dimensión de la repetición en él: “Simplemente, el síntoma vuelve a brotar como mala hierba, compulsión de repetición.” (Lacan, 2009, pág. 604). La repetición como retorno de lo reprimido es la vertiente simbólica de la repetición, que se funda en el automatón del inconsciente, o en el inconsciente automatón. Dice Lacan (2009):

Nuestra investigación nos ha llevado al punto de reconocer que el automatismo de repetición (*Wiederholungszwang*) toma su principio en lo que hemos llamado la insistencia de la cadena significante. Esta noción, a su vez, la hemos puesto de manifiesto como correlativa de la ex-sistencia (o sea: el lugar excéntrico) donde debemos situar al sujeto del inconsciente, si hemos de tomar en serio el descubrimiento de Freud (Lacan, 2009, pág. 5).

La repetición es lo que introduce en la experiencia analítica el registro de lo permanente, de lo idéntico, de *más de lo mismo* (Miller, 2005). Esto es lo que hace que la repetición, bajo la forma del síntoma, se separe de las otras formaciones del inconsciente, las cuales son evasivas, se desvanecen sin repetirse. El síntoma permanece, lo que habla de una temporalidad muy distinta a la del sueño, el lapsus, el olvido o el acto fallido, los cuales se esfuman fácilmente, y si el analista no los atrapa en el instante de su aparición, ellos se pierden.

La repetición en su vertiente real no tiene que ver con esta repetición simbólica, sino con la *tyché* (Miller, 2005). La *tyche*, entonces, tiene que ver con lo real como encuentro, es decir, con el trauma, y lo traumático de un sujeto, lo cual es siempre algo inasimilable –algo del orden del goce sexual–. Así pues, la repetición no sería otra cosa que la huida del sujeto de ese real sexual que es inasimilable. A medida que el sujeto se aproxima a lo real, la repetición es una huida a fin de no encontrar ese real. Por eso Miller (2005) corrige, si se puede decir así, la definición de Lacan de lo real como lo que vuelve siempre al mismo lugar, diciendo que “...lo real es lo que vuelve al mismo lugar donde el sujeto, en tanto piensa, no lo encuentra, lo evita: está en el mismo lugar en tanto el sujeto lo evita.” (pág. 55). Dice Lacan (1977):

Es por ello que he puesto el relieve en el mal conocido concepto de repetición ese resorte que es el del encuentro siempre evitado de la posibilidad fallida. La función del fracaso está en el centro de la repetición analítica. La cita siempre es fallida, lo cual produce con respecto a la *tyche*, la vanidad de la repetición, su ocultación constitutiva ( p. 136).

Lacan (1977) también se ocupa de diferenciar la repetición de la transferencia, debido a que los analistas las han confundido en la conceptualización que han hecho de ellas. Dice:

Es moneda corriente oír, por ejemplo, que la transferencia es una repetición. No digo que eso sea falso, ni que no haya repetición en la transferencia. No digo que no fuese a propósito de la experiencia de la transferencia que Freud se aproximó a la repetición. Digo que el concepto de repetición nada tiene que ver con el de transferencia. (pág. 44).

De la transferencia se puede decir que es una forma de repetición, es decir, es la repetición dentro de la cura analítica. La transferencia es definida por Lacan (1977) como la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente; en el dispositivo analítico de lo que se trata es de ubicar, en la transferencia, ese real que es inasimilable por el sujeto. Este aspecto de encuentro con lo real en la transferencia es lo que Miller (1999) llama, la transferencia-*tyché*, como opuesta a la transferencia-automatón.

La transferencia-*tyché* es la transferencia como hallazgo, como encuentro, como azar; lo que en la sesión analítica aparece como imprevisible, no programado, sorpresivo; se trata de lo que Lacan (1977) denomina *lo abrupto de lo real*. Lo abrupto de lo real es, pues, lo que se opone a la dialéctica de lo simbólico. Dice Miller (1999):

Lo simbólico no es abrupto, con lo simbólico hay siempre que esperar; no digo que sea suave, pero lleva su tiempo; presenta una verdad y luego da otro sentido a esa verdad; se acerca, viene con una cara y después con otra, mientras lo real cae, viene a interrumpir, a causar, pero siempre introduce una discontinuidad; es por eso que Lacan habla de abrupto, con lo real no hay buenas maneras. ( p. 14)



Se podría decir, entonces, que el inconsciente tiene dos caras: una cara que es la que irrumpe a modo de efectos como el lapsus; es el punto de tyché, del azar, de pulsación del inconsciente. La otra cara es la de la compulsión a la repetición; es el automatón mismo del inconsciente. Es por esta vertiente que hay algo del inconsciente que se liga a lo que Lacan llamó lo real. “Si la transferencia no es más que repetición, será repetición, siempre, del mismo fracaso” (Lacan, 1977, p. 150).

Lacan (1984) también se ocupa de vincular a la pulsión de muerte con el automatismo de repetición, haciendo de aquella la tendencia fundamental del orden simbólico; es por esto que la repetición se puede pensar como la insistencia del significante, la insistencia de la cadena significativa. La repetición es fundamentalmente la insistencia de la palabra; la repetición es la característica general de la cadena significativa, y por tanto, la manifestación del inconsciente, del aspecto real del inconsciente en la transferencia.

Justamente Lacan (1981) introduce el orden de lo real en su teoría por la vía de la repetición y la pulsión de muerte. Y lo hace recordando las observaciones de Freud sobre los juegos repetitivos de los niños, juegos “en que la subjetividad fomenta juntamente el dominio de su abandono y el nacimiento del símbolo” ( p. 306), nacimiento que se da en los juegos de ocultación de los niños y que Freud, en una intuición genial, acertó en describir: “momento en que el deseo se humaniza (y) momento en que el niño nace al lenguaje.” ( p. 306). En cuanto llega el símbolo al niño, se instala en él el universo de símbolos, el orden simbólico, y la compulsión a repetir.

## Resultados

Después de realizar esta revisión del concepto de *compulsión a la repetición* en la obra de Freud y de Lacan, podemos concluir que en ninguno de los dos autores se hace un uso de dicho concepto para aplicarlo a la psicología de las masas, y específicamente para pensar un fenómeno como el que revela el dicho popular: “los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla”; sin embargo, se podría decir que en el tratamiento que hacen dichos autores del concepto en cuestión, hay algunas alusiones a la posibilidad de poder ser utilizado para pensar la psicología de los pueblos y el proverbio popular.

Así, por ejemplo, cuando Freud (1920/1979) aborda la repetición en los fenómenos de la transferencia, él indica claramente que se trata de un fenómeno que “puede reencontrarse también en la vida de personas no neuróticas” (pág. 21). Para Freud es claro que la repetición de situaciones olvidadas y que no se recuerdan, es un asunto estructural, que abarca la vida de todo sujeto, neurótico o no, y que además se puede presentar en cualquier situación en la que el sujeto establece un vínculo con sus semejantes; por eso él insiste en llamar a esta repetición de la que el sujeto no escapa, destino demoníaco y fatal (Freud, 1920/1979, pág. 21), es decir, una repetición de la historia del sujeto caracterizada por el retorno, una y otra vez, de los mismos acontecimientos de su vida, acontecimientos desafortunados, desdichados o infelices, a los que el sujeto está sometido irremediabilmente.

Entonces, como se trata de una noción estructural que se puede extrapolar a otras muchas situaciones de la vida del sujeto (Lacan, 1984, pág. 45), es por esto que se puede discernir que a Freud solo le faltó agregar a su reflexión sobre la compulsión a la repetición, su traslación a fenómenos de masa donde la historia se repite, tal y como lo indican, no solo el proverbio, sino los observadores de los fenómenos de los pueblos, que muestran claramente cómo la repetición de la historia de un pueblo habla de un destino fatal y demoníaco para él mismo.

Si la psicología individual es simultáneamente psicología social (Freud, 1921/1979), también sería válido pensar que lo que un pueblo no puede recordar, eso que olvida o reprime, retorna bajo la forma de la compulsión a la repetición; hay pues algo en la vida de los pueblos que se repite de forma inconsciente, y es posible entonces conjeturar que el olvido de la historia por parte de los pueblos, que es lo que los condena a repetirla, tendría que ver con lo traumático, es decir, con lo dolorosa, penosa, vergonzosa o displacentera que pudo haber sido esa historia. Es decir que, así como la psicología individual es también social, el pueblo, la masa se comportan, a su vez, como un individuo. Los pueblos, entonces, también reprimen su historia, sobre todo cuando esta ha sido traumática; la olvidan, quedando esa historia desligada de toda elaboración, es decir, deja de ser recordada y pensada por el pueblo, lo que la lleva a repetirla. Pero, para poder hacer esta hipótesis, tenemos que pensar la psicología de un pueblo como equivalente a la psicología de un individuo: el comportamiento de todo un pueblo o país sería equivalente a al comportamiento de un individuo, o por lo menos su comportamiento podría ser pensado como si se tratara del comportamiento de un individuo. Además habría que pensar lo siguiente: Si el trauma para los individuos es de orden sexual, ¿en el caso de la psicología de los pueblos de qué trauma se trata? ¿Qué es lo que haría traumática una historia colectiva? Probablemente la respuesta está del lado de los traumas de guerra, esos traumas que no son sexuales pero que causan una herida en el espíritu de los pueblos.

La *compulsión a la repetición* es pues un concepto teórico, estructural, que nos permite acceder, no solamente a la comprensión de las conductas de fracaso de los sujetos, y “que les dan la sensación de ser los juguetes de un destino perverso” (Chemama & Vandermersch, 2004), sino también a la repetición de la historia por parte de todo un pueblo o una masa.

Teniendo en cuenta lo anterior, pasemos entonces a responder las preguntas que se hicieron al comienzo de este artículo. A la pregunta a qué mecanismo psíquico, de carácter colectivo, responde esta compulsión a la repetición de la historia de un pueblo, la respuesta sería, entonces, la misma que para la psicología individual: el pueblo, la masa, también busca la cancelación del pasado, de su historia, reprimiéndola, lo cual explicará la compulsión a repetirla; lo que no acontece de la manera en que el pueblo así lo esperaba, es decir, de acuerdo con su deseo, será anulado, repitiéndolo compulsivamente a través de su historia. ¿Cómo se generaría una tal represión colectiva? Es algo que queda pendiente de responderse, pero todo lo anterior daría cuenta de que, como bien lo indica Freud, la psicología individual es simultáneamente psicología social (Freud, 1921/1979), aspecto este que, consideramos ahora, ha sido descuidado en el momento mismo de pensar la psicología de las masas; y sin embargo, cada vez más se piensan los fenómenos psicosociales así como se hace con los fenómenos individuales. Así, por ejemplo, cada vez más se hace evidente el

uso del término *síntomas sociales*, “como el lugar de una verdad no dicha, que escapa al sentido” (Velásquez, 2008) en toda una colectividad; el término *síntomas sociales* se vuelve pues útil para pensar, desde el discurso psicoanalítico, fenómenos de masas contemporáneos.

A la pregunta de si es equivalente la *compulsión a la repetición* que Freud encontró en la clínica psicoanalítica, a la repetición de la historia por parte de los pueblos, la respuesta sería entonces que sí. Sin embargo, como ya se indicó, es como si a Freud le hubiese faltado hacer uso del concepto de *compulsión a la repetición* en el estudio de los fenómenos de masa, allí donde la historia se repite, tal y como lo indica claramente el proverbio que aquí hemos estudiado. ¿Por qué Freud no lo hace? ¿Fue acaso un descuido de su parte, o fue prudente en el empleo de dicho concepto para pensar la repetición de la historia por parte de los pueblos? Son preguntas que, todavía, no nos atrevemos a responder.

Por lo dicho anteriormente, a la pregunta de qué tanto sirve el concepto formalizado por el psicoanálisis para pensar lo que sucede al nivel de toda una masa social, la respuesta es: mucho, pero con todas las precauciones que se debería tener en cuenta, las mismas que suponemos tuvo Freud para trasladar su concepto de compulsión a la repetición a fenómenos de masa. Por lo tanto, a la pregunta cómo hace la masa, el pueblo, para olvidar su historia, la respuesta también es la que Freud aplica a la psicología individual: la represión, un olvido colectivo que opera también en los pueblos, igual al que realiza el sujeto neurótico cancelando el pasado, su historia, reprimiéndola; faltaría, eso sí, dar cuenta de la especificidad de dicha represión a nivel de las masas, pero esto nos hace saber, cada vez más, como aquella se comporta igual que un individuo. Es decir que se trata de un asunto estructural, constitucional, no solo inherente a la psicología del individuo, sino también a la historia de los pueblos y de la humanidad toda.

Por último, habría que plantear qué tipo de intervención se podría hacer a la masa, a los pueblos, para que dejen de repetir la historia que se olvida. ¿Cómo tratar ese olvido que se presenta en los pueblos y que los lleva a repetir la historia? Es decir, ¿cómo cancelar las represiones de un pueblo o una masa, para que deje de repetir su historia? La respuesta aquí, también es la misma que para el individuo: el pueblo sólo podrá recuperar su poder sobre lo olvidado, sobre lo reprimido, en la medida en que aquél se dedica a recordarla, elaborarla, tramitar lo traumática que haya sido, y la haga conocer a todos los individuos, es decir, la transmita a las siguientes generaciones para que éstas no la olviden. De aquí la importancia de todos los recursos a los que recurre una cultura para que la historia de un pueblo no se olvide: museos de la memoria, enseñanza de su historia, conmemoraciones, eventos o ritos que rememoran los acontecimientos traumáticos, etc. Un pueblo que recuerda su historia, que no la olvida, no la repite.

# Referencias

- Alemán, J. (20 de marzo de 2014). *La construcción del mal argentino*. Obtenido de Página 12: <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-242178-2014-03-20.html>
- Avellaneda, N. (20 de agosto de 2014). *Wikipedia, La enciclopedia libre*. Recuperado el 22 de agosto de 2014, de Wikipedia, La enciclopedia libre: [http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Nicol%C3%A1s\\_Avellaneda&oldid=76475391](http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Nicol%C3%A1s_Avellaneda&oldid=76475391)
- Caballero, A. (1996). *Quince años de mal agüero. 1981 a 1996, artículos de prensa*. Medellín: La Hoja Mes S. A.
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2004). *Diccionario de Psicoanálisis bajo la dirección de Roland Chemama*. Barcelona: Amorrortu.
- Cicerón, M. T. (7 de agosto de 2014). *Wikipedia, La enciclopedia libre*. Recuperado el 22 de agosto de 2014, de [http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Marco\\_Tulio\\_Cicer%C3%B3n&oldid=76170828](http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Marco_Tulio_Cicer%C3%B3n&oldid=76170828)
- Dr. Pombo. (07 de 11 de 2006). Lo real para el ser parlante. Obtenido de Youtube: [https://www.youtube.com/watch?v=GzQNgIDv9DA&feature=youtube\\_gdata\\_player](https://www.youtube.com/watch?v=GzQNgIDv9DA&feature=youtube_gdata_player)
- FrasesCelebre.net. (28 de 10 de 2014). *Frases Celebres*. Obtenido de frasecelebre.net: [http://www.frasecelebre.net/profesiones/biologos/charles\\_darwin.html](http://www.frasecelebre.net/profesiones/biologos/charles_darwin.html)
- Freud, S. (1976/1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En S. Freud, & J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. VII, págs. 1-108). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1976/1914). Recordar, repetir y reelaborar. En F. Sigmund, *Obras completas* (Vol. XII, págs. 145-174). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1976/1923). Dos artículos de enciclopedia: 'Psicoanálisis' y 'Teoría de la libido'. En S. Freud, *Obras completas* (J. Strachey, Trad., Vol. XVIII, págs. 226-254). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979/1920). Más allá del principio del placer. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. XVIII, págs. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979/1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. XVIII, págs. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979/1926). Inhibición, síntoma y angustia. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. XX, págs. 71-163). Buenos Aires: Amorrortu.
- Hoyos, J. (2009). *Perspectivas de la investigación psicoanalítica en Colombia*. Medellín: Departamento de Psicoanálisis de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia.

- Kauffman, P. (1996). *Elementos para una enciclopedia de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1953). El mito individual del neurótico. En J. Lacan, *Intervenciones y textos* (págs. 37-59). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1977). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario XI*. (J. Miller, Ed.) Barral.
- Lacan, J. (1977). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario XI*. (J. A. Miller, Ed.) Barral.
- Lacan, J. (1984). *Las psicosis. Seminario III*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1997). *El Seminario de Jacques Lacan: 1955-1956. Las Psicosis. Libro 3*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009). El seminario sobre la carta robada. En J. Lacan, *Escritos Vol. I* (págs. 23-69). México d.f.: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2009). La dirección de la cura y los principios de su poder. En J. Lacan, *Escritos Vol. 2* (págs. 565-626). México d.f.: Siglo XXI.
- Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. (Noviembre de 1999). Nuevas inquisiciones clínicas. *Entredichos. Revista de psicoanálisis*(18), 12-16.
- Miller, J. (2005). *De la naturaleza de los semblantes. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller*. Buenos Aires: Paidós.
- Padvalskis, M. C. (2010). *Una lectura psicoanalítica de las "Meditaciones sobre los cantares" de Teresa de Jesús*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Pulice, G., Mason, F., & Zelis, O. (2000). *Investigación ◇ Psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Ramírez, M. E. (2001). El psicoanálisis y el paradigma indiciario. *Carpeta De La Sede Nel Medellín*, 4, 43-49.
- Roudinesco, E., & Plon, M. (1998). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Santayana, G. (23 de julio de 2014). *Wikipedia, La enciclopedia libre*. Recuperado el 22 de agosto de 2014, de [http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=George\\_Santayana&oldid=75743199](http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=George_Santayana&oldid=75743199)
- Velásquez, J. F. (Noviembre de 2008). La indiferencia como síntoma social. *Virtualia. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana*(18), 1-7. Recuperado el 7 de 10 de 2014, de <http://virtualia.eol.org.ar/>